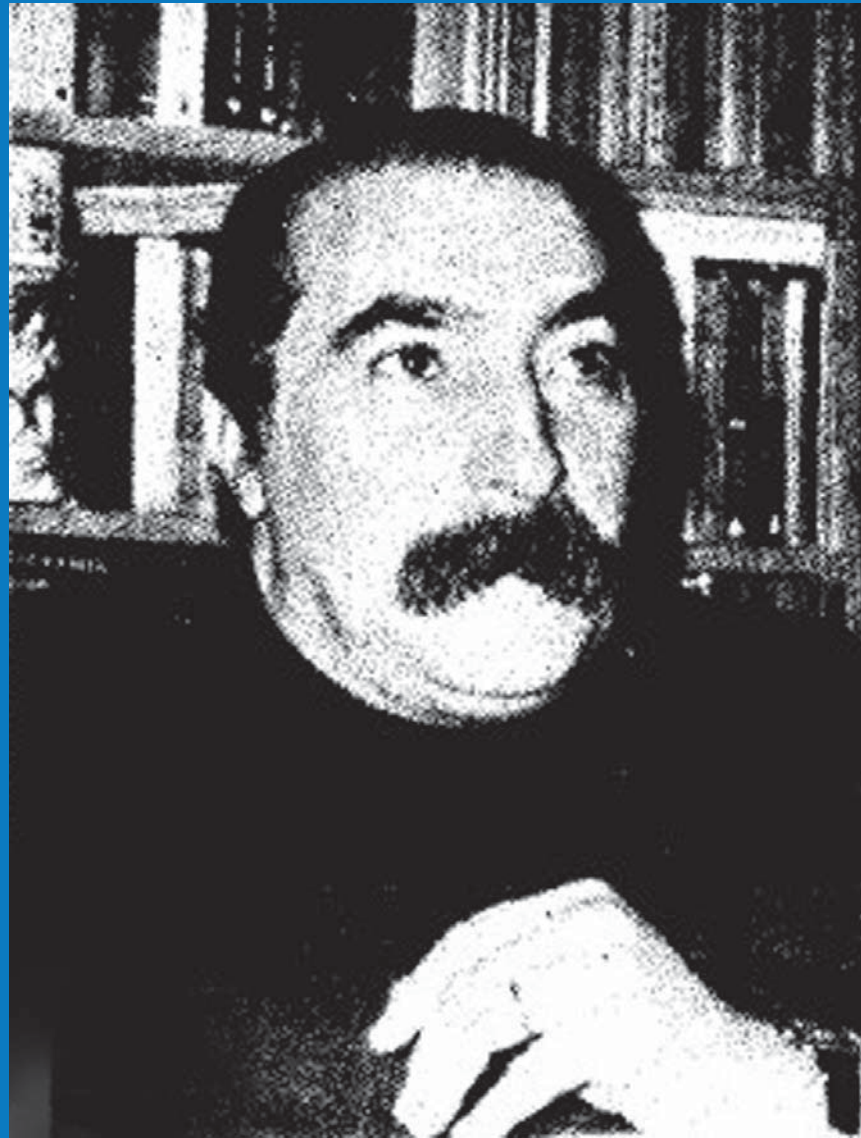


Ha muerto un nacional



JORGE B. RIVERA
(1935-2004)

"El Escarmiento S.R.L."

Esta publicación no recibe publicidad oficial



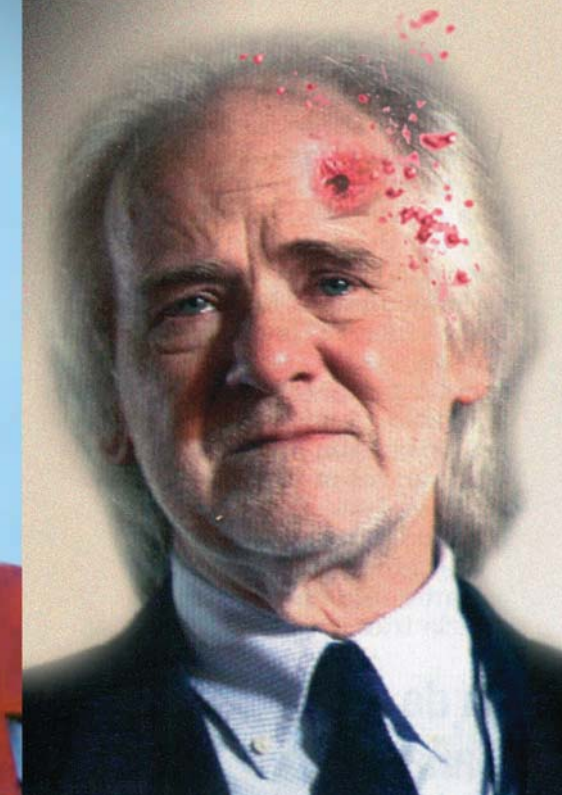
El Escarmiento

Publicación Mensual

Año 1 - Nro. 3

Septiembre 2004 - \$ 4,50

El ^{caso} _{caos} Blumberg



Las falsas soluciones

Política

- LA SUPERVIVENCIA DE LA ÉPICA DEL TRABAJO
- ¿SON COMPARABLES LAS CONSTITUCIONES DE 1949 Y 1994?

Economía

- MEDIOAMBIENTE Y PRENSA

¿Decimos lo que quieren escuchar o lo que tenemos que decir?

Escribe: Claudio Bertonatti

Cultura

- ES IMPRESCINDIBLE UNA GENUINA POLÍTICA CULTURAL

• RECEPCION
Sobre Atahualpa Yupanqui
"Alhajita es tu canto."

• PANORAMAS
Universo Rejtman: de Rapado (1996) a Los guantes mágicos (2004), una parodia de la clase media.

Escribe: Miriam Goldstein

• MEMORIALES:
Jorge B. Rivera (1935-2004)
Escribe: Eduardo Romano

El Escarmiento

EL VALOR DE LAS PALABRAS

Cada lechón en su teta

Sepultada la transversalidad, que descansaba sobre el objetivo de lograr una "tropa propia" comandada por la vanguardia ilustrada del post-montonismo (sobrevivientes, quebrados, colaboracionistas, etc.) devenidos progresistas (o sea, `izquierdistas` pasados por lavandina) al frente de la "tropa" piquetera, aquella llevó a que el error de cálculo creara un vacío parecido a un centro anticiclónico de la política: el exceso de calor inicial generó, inevitablemente, tormenta. De distintos grados.

Si exceptuamos los casos emblemáticos de D`Elia (un hombre que ha progresado económicamente gracias a su rol de ente doméstico funcional a la Casa Rosada) y de Castells (injustamente encarcelado: ¿por qué aplicarle el Código Penal **ahora** y no **antes**, después que el propio Gobierno hizo prescribir (proscribiendo) su aplicación, bajo el argumento hipócrita de "no criminalizar la protesta social" y estableciendo un paraguas de protección similar al de la `maffia` de Chicago en la década de los 30? Sin duda, Castells tiene todo el derecho a sentirse agraviado y preguntarse, como Alberto Olmedo: "¿eu?").

Si prescindimos de la perejilada sociológica que pretende ver en el "fenómeno" piquetero una novedosa forma de emergencia "revolucionaria" - en lugar de **ver** la profundización de la mendicidad urbana (no hay piqueteros en el campo), queda a la luz de estos precedentes la pregunta fatal que el gobierno no puede traducir en hechos:

¿QUÈ HACER CON LOS DESOCUPADOS, INTEGREN O NO LOS PIQUETES?

En números anteriores se señaló la oportunidad perdida por los dirigentes sindicales de integrar en sus respectivos gremios a sus propios desocupados de la actividad. ¿Falta de previsión?, ¿desinterés?, ¿ineptitud?, ¿confusión? Sin duda parte de todo eso, en paralelo con similares carencias -y algo más: el clientelismo político- de los gobiernos de Menem a la fecha.

Por eso proponemos:

- La administración social (no del aparato político del Estado) de los subsidios por desempleo;
- La correcta individualización del universo de desocupados (y no repartir planes al "voleo", para "alegría" de unos pícaros);
- Limitar los planes exclusivamente a los argentinos desocupados (al que crea que esto es xenofobia le contestamos: andate a la puta que te parió: "no es patriota quien no cuida al compatriota");
- Derivar la administración de los subsidios por desempleo a los Sindicatos de 1er. Grado;
- Los subsidios correspondientes a quienes nunca han tenido un empleo administrarlos a través de una Comisión Tripartita (Ministerio de Economía, Sindicatos y ONG s);
- Establecer Bolsas de Trabajo en las sedes gremiales, limitando el accionar de las "Agencias de Empleo";
- Establecer penas privativas de libertad no redimibles de seis a diez años de prisión a quienes incurrieren en malversación de los fondos de subsidios de desempleo y eventual intervención/disolución de la Organización en la que se hubiese producido el ilícito;

Por último (por ahora)

La **acción directa del estado Nacional en políticas activas multiplicadoras del empleo y la demanda interna** (no necesariamente en ese orden) para dejar de transformar el superávit fiscal (orgullo nacional) en una gigantesca libreta de ahorro...hasta la próxima devaluación.

10

Pasión y muerte

de la sota de bastos

Jorge Bernardo Rivera

La sota sentía el dolor
terco del feriado,
el ruido de los sueños
que crecen como musgo
en el antiguo corazón
de los estaños.

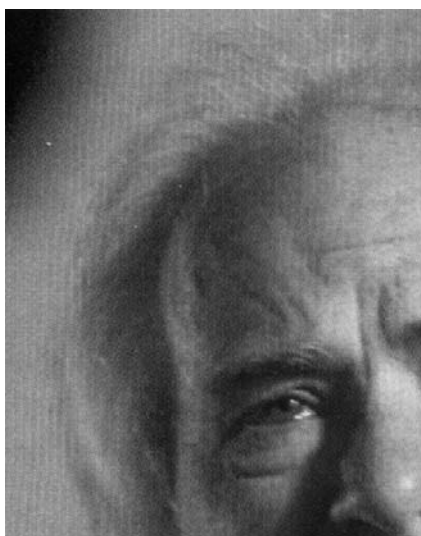
Amaba lo suyo, simplemente,
su calle, gritar en los tablones,
andarse por el truco
como por una hembra.

La sota guardaba su cansancio
bajo llave, recuerdos de kermese,
sus daños personales,
su sonrisa de tarjeta postal
un poco desvaída.

Espesa de yirar,
entrañuda de alcoholes y algo coja,
la sota empardó
por fin con la tristeza,
y en una dócil noche avergonzada
se fue a pique con un tango de Bardi.

(de Beneficio de inventario, Buenos Aires,
Nueva Expresión, 1963)

El caso Blumberg



El “animal político” al que aludía Aristóteles –su definición sustancial del ciudadano, cuya corona era la exclusión de los “dioses” y los “animales” de la sociedad de los griegos– encuentra en la Argentina una curiosa aplicación práctica:

Los que la “izquierda” identifica como “derecha” reclaman *mano dura* (algunos, en privado exaltando: “a estos negros hay que matarlos a todos”); y los que la “derecha” identifica como “izquierda” reclaman más garantías para los delincuentes, los victimizan (‘desapareciendo’, al mejor estilo militar, a las víctimas reales) y fundamentan su retórica en rancios principios del liberalismo spenceriano.

Como en el juego de la Oca, todos retroceden dos casilleros.

Mientras la supuesta “derecha” esencialmente cobarde, hipócrita, racista acompaña con velas las marchas de Blumberg; la supuesta “izquierda” esencialmente cobarde, hipócrita, racista intenta trozar a Blumberg acusándolo, entre otras, de “nazi”. Es cierto que el apellido y la cara no lo ayudan. Pero si fuera gallego y con cara de “manolito” estamos convencidos que sería igualmente condenado por falangista.

*“...el “ministro”
señala como su
enemigo:
Blumberg.”*

Estas fracciones de la pequeña-burguesía colonial (o clase media crotta moral y materialmente) para las que Lanata, cuyo patrimonio intelectual se desconoce, cuestiona que Blumberg opine de política (algo que solo le estaría reservado a Lanata: ¿una queja por el cartel?) y los medios voceros del lumpenaje “derechista” (caso Radio 10) se prenden a cualquier tren que –ima-

ginan- los lleve a algún lugar menos temible que la vida cotidiana, no logran impedir que “Blumberg se mueva”.

En la calle o en los “medios” el “caso” Blumberg ha creado un “caos” mental al que no escapa la lacra política. Si hasta el caos está sujeto a leyes y regularidades, nuestros políticos, separados de ambas y de la dignidad, escuchan con satisfacción, caso del “ministro” Arslanian –un fracasado vocacional al estilo López Murphy- como un politicastro de 2da., el Vice-presidente del inexistente estado colombiano se dedicaba a criticar a quien el “ministro” señala como su enemigo: Blumberg.

En otra vena, a medias de “izquierda”, a medias de “derecha” pero siempre colonial, un empresario textil y profesor de filosofía –Tomas Abraham- divide al mundo entre “fascistas” y “republicanos democráticos” (!), con tal rasgo de confusión que las notas distintivas del “fascismo de derecha” son intercambiables con el “fascismo de izquierda” (Ver. revista **Noticias** -28/8/04) en un intento de rescatar a Blumberg por la línea media. También sa-



El ^{caso} _{caos} Blumberg

bemos que ser de izquierda está pasado de moda mientras que el republicanismo democrático (!!!) asegura, por ahora, horas/cátedra.

Todo este menjunje va de la apropiación de los derechos humanos por la progresía (limitándolos a “no criminalizar la protesta social” o a distinguir “una justicia para ricos y otra para pobres” ignorando que los más afectados por la inseguridad criminal **siempre** fueron estos últimos), a la réplica de la utilización del garrote ejemplificador; renegando en el camino de varios procesos esenciales:

*que no requiere ni
“mano dura” ni
“tolerancia cero”,
sino que cada uno
trabaje y rinda
cuentas en lo suyo.*

1) **La miseria en la que naufraga el pueblo** con buena parte de dos generaciones diezmadadas: una por la dictadura genocida y la otra por la bolidización democrática (“se come, se cura, se educa”; “estamos en el primer mundo”; “voy a terminar con la fiesta”; “estamos condenados al éxito”; “aguante la cumbia villera”), y con la

siguiente generación con serias probabilidades de descender a los peores niveles de los países más pobres de Sudamérica.

2) **La destrucción del aparato del Estado:** iniciada por Alfonsín, remachada por el estatuto Colonial de 1994 con la multiplicación de órganos inservibles (sobre todo los de contralor) que gastan fortunas comiendo del riñón del pueblo, y la certeza de que los visitantes circunstanciales de los sillones en los distintos niveles de conducción, no saben muy bien que hacer desde allí.

La inseguridad es un tema de Justicia y ésta, básicamente, un tema de la **Administración de Justicia**. Allí está la clave. No en las reformas aberrantes del Código Penal luego de una marcha con velitas. La incisión más profunda debe hacerse en la Justicia. Principiando por la nueva Corte Suprema adicta al nuevo Ejecutivo y prosiguiendo con la Justicia Penal para lograr la eficiencia que roce con lo absoluto. Solo de esta forma se puede hacer la reforma policial. Y solo de esta forma se puede resolver el tema delictivo, que no requiere ni “mano dura” ni “tolerancia cero”, sino que cada uno trabaje y rinda cuentas en lo suyo.



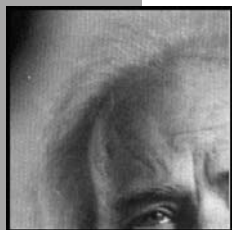
La ideologización de la inseguridad, constituye otro de los desvaríos ilustrados en la “nave de los locos” que nos transporta, donde algunos creen ver una esperanza en el horizonte, pero lo cierto es que la balsa se está desarmando, está llena de muertos, ya hay antropofagia y muchos se han echado al abandono.

La sociedad civil no tolera “dioses” ni “animales”, sino ciudadanos encolumnados tras un proyecto de vida nacional. Hay que darle a cada uno lo suyo. ■

El que no sepa hacerlo, que se vaya.



SUMARIO



Editorial:
El caso/caos Blumberg
(pág. 3)



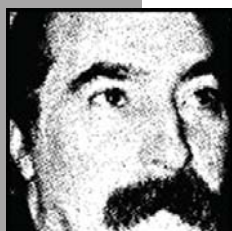
¿Son comparables las constituciones de 1949 y 1994?
(pág. 10)



Es imprescindible una genuina Política Cultural
(pág. 18)



PANORAMAS, UNIVERSO REJTMAN
(pág. 24)



J. B. RIVERA,
Celestina y la Pedagogía de la Historia
(pág. 32)



La supervivencia de la épica del trabajo
(pág. 7)



MEDIO AMBIENTE Y PRENSA:
¿Decimos lo que quieren escuchar o lo que tenemos que decir?
(pág. 14)



ALHAJITA ES TU CANTO
(pág. 22)



MEMORABLES,
Jorge Bernardo Rivera
(pág. 28)

El Escarmiento® Publicación Mensual - Año 1 - Nro. 3 (Septiembre 2004)

E-mail: elescarmiento@elescarmiento.com.ar - redactor@elescarmiento.com.ar

Propietario: "El Escarmiento S.R.L."

Director: *Domingo Arcomano*

Jefe de Redacción: *José Luis Muñoz Azpiri*

Colaboran en este número:

Ricardo Alonso, Luis Alberto Terroba, Claudio Bertonatti, Carlos Juárez Aldazábal, Eduardo Romano, Miriam Goldstein

Diseño: *Maccam Imagen & Comunicación* - (info@maccam.net)

Impresión: *Impresiones Bellizzi* - (H. Pueyrredón 874 - Tel: 4982-8932)

Distribución para Cap. Fed. y Gran Buenos Aires: *Distri Red S.R.L.* - (Av. Belgrano 624, 4to. "I" - Tel: 4302-0022 - Cap. Fed.)

Las colaboraciones firmadas no reflejan necesariamente la opinión de la revista.

Registro de la Propiedad Intelectual Nro. 343167

La supervivencia de la épica del trabajo



*“De casa al trabajo y
del trabajo a casa”*

“De casa al trabajo y del trabajo a casa”, una expresión que sugiere no detenerse en distracciones inoportunas, o mejor aún, no perder el tiempo en el viaje de ida y retorno de la actividad cotidiana. Un consejo que se remonta a épocas de fábricas y talleres con persianas levantadas, campos trabajados a pulmón, oficinas y comercios abiertos, hombres y mujeres convencidos de ser protagonistas de un sistema productivo en plena actividad.

Es cierto que la frase mereció la crítica de cierto intelectualismo político por su presunto aspecto “desmovilizador”. ¿Por qué del trabajo a casa? ¿Por qué no del trabajo al sindicato o a la asamblea de base? Sin embargo, la observación desconocía el costado más humano y concreto de la oración: aquel que recomendaba volver al encuentro de los suyos, la familia, con el sentimiento del deber cumplido.

En los momentos de vigencia de los grandes proyectos colectivos, el trabajador, como sujeto individual, incorporado a esa entidad mayor denominada “proletario” o “masas obreras” que constituiría el motor universal del cambio frente al capitalismo.

Empero, el último cuarto de siglo se encargó de anunciarnos el declive pronunciado de las grandes ideas universales y, como concluye Francois Furet en *Le passé d'une illusion*, regresar al hombre al interior de la anti-



nomia fundamental de la democracia burguesa, redescubriendo, como si fuera ayer, los términos complementarios y contradictorios de la educación liberal, los derechos del hombre y el mercado.

Ello podría presagiar un nuevo reconocimiento de la categoría de trabajador. Sin embargo, la misma se subsumió, globalización mediante, en la de “usuarios” y “consumidores” más económicas y viables al postcapitalismo ¿Y el trabajo? Bueno, ahí apareció Jeremy Rifkin hablándonos de su extinción en el concepto tradicional, aunque se cuidó de preservar a todo un sector (los servicios sociales) como alternativa destinada a morigerar el impacto negativo de tal “descubrimiento”.

Claro que, en una Argentina de 15% de desocupación formal y más de un 20% de desocupación real (disimulada con los planes sociales), no parece muy acertado convencer y convencerse del “fin del trabajo”

El desocupado sigue añorando su pertenencia a la categoría de “trabajador” con todo el entorno ritual que ello implica: los preparativos previos, la despedida de la familia al hombre y/o mujer que todos los días se dirige a su trabajo y la bienvenida a su regreso.

Es que, además del componente económico (esencial por cierto), el trabajo confiere al grupo humano un escenario de utilidad, de trascendencia próxima, una especie de epopeya singular que otorga confianza en el destino propio, diferente a la seguridad especulativa buscada por el pequeño burgués.

Como afirma Jünger en *Der Arbeiter*, los trabajadores son de un mundo más rico, más profundo, más fructífero, al tener relación con los poderes elementales, lo que les permite ejercer una determinación sin ambigüedades en todos los ámbitos de la vida.

Para aventar estos riesgos, en los ochenta, nuestro politólogo contemporáneo, Carlos “Chacho” Alvarez, sacó provecho de la expresión “cultura del trabajo”, como una versión más edulcorada que gustaba al progresismo de Barrio Norte, ya que limitaba el asunto a un tipo de costumbre, un mero modo de vida, mucho más efectivo más inofensivo y fácil de digerir “socialmente”.

Pero la epopeya del trabajo supone algo más. Un hacer ordinario con mucho de heroico que incide y transforma la realidad a partir de la tarea encomendada. Una obra de mutación permanente que resulta a la vez una empresa familiar y de conjunto.

Esta épica del trabajo subsiste aún hoy. Se encuentra presente en los empleados y en muchos de aquellos que, sin serlo, no toleran el mantenimiento del subsidio como forma de vida, se ubica en las esposas de los piqueteros que desean ver marchar a sus hombres a una ocupación digna o en los familiares de la piquetera víctima de un botellazo en el centro porteño, que le reclamaron a ésta una actividad mejor (y quizás más segura) que la profesión de ambular sin rumbo, para fruto de unos pocos “vivos”.

En este sentido, hasta el dicho “de casa al trabajo y del trabajo a casa” se está convirtiendo en algo revolucionario, en función de los elementos que contiene.

¿Será por eso que a lo largo de los años se ha perfeccionado el actual sistema de fomento y gestión de la desocupación masiva? ¿No será que se trata de evitar que existan más trabajadores, libres para pensar y organizarse por sí mismos? ■



¿Son comparables las Constituciones

Por Luis Alberto Terroba

Más allá de que rara vez se menciona la constitución de 1949, puede plantearse y se ha planteado alguna vez una comparación entre ambos textos legales. Y he aquí que nos viene la pregunta del título. ¿Son comparables?. Se puede tomar el atajo de soslayar todo análisis previo, y entrar en los artículos de ambos textos. Inclinación a la que son afectos los puristas, los científicistas que creen poder separar todo material de análisis del contexto del que se nutren todas las cuestiones humanas, y aún, las más preciadas teorías “científicas”. Pero entiendo, que toda materia, todo objeto de “análisis”, siempre reconoce algo que son los prolegómenos. Así como cuando se estampan los datos filiatorios de cualquier ser humano, se suele decir: “hijo de Juan Pérez y de Juana Pérez”. Así debiéramos comenzar el análisis de todo texto legal, principalmente con estos que hemos mencionado.

En ese contexto, debemos rescatar, que la buena doctrina constitucional, al menos para aquellos estados que dicen ser “Repúblicas”, reza que las constituciones son aquellas que expresan los deseos de un pueblo como su “proyecto como comunidad”, elaboradas e impuestas por los métodos y en las formas que determinan sus ciudadanos. Cabe aquí preguntarse ¿Cuáles son los datos filiatorios de ambas constituciones? ¿Cuá-



les fueron sus antecedentes familiares? ¿Quiénes fueron sus padres y madres? ¿En que contexto político fueron impuestas?. A estas preguntas trataremos de contestar respecto a cada uno de los textos legales.

La llamada constitución de 1994

Comenzamos por este texto, pues, no se trata de una nueva constitución, sino de la vieja constitución de 1853, nacida por la decisión de unos pocos en ese año, reformada por la decisión de menos que pocos en 1860, deformada durante toda su vigencia anterior al año 1949, violada para ser reimplantada en 1956 y vuelta a reformar por la decisión de dos dirigentes políticos mediante el Pacto de Olivos para llegar al libelo de 1994.

¿Puede entonces llamarnos la atención que la legislación internacional, se adapte o no a nuestra realidad nacional, que de hecho excepcional pase ser hecho habitual?. Tal vez para comprenderlo debemos retrotraernos en el tiempo, para así poder apreciar, que el texto de 1994 está insuflado del mismo espíritu que el de 1853, que ya veremos cual es. Por eso, y aunque parezca una verdad de Perogrullo, debemos comenzar por el principio.

El padre de la constitución de 1853. Alberdi

Alberdi, junto a Sarmiento y Mitre, fueron impuestos como los héroes sacrosantos de la historia nacional. ¿Eran tales?. No me ocuparé del otro par, que no es el caso, sino del primero. Redac-

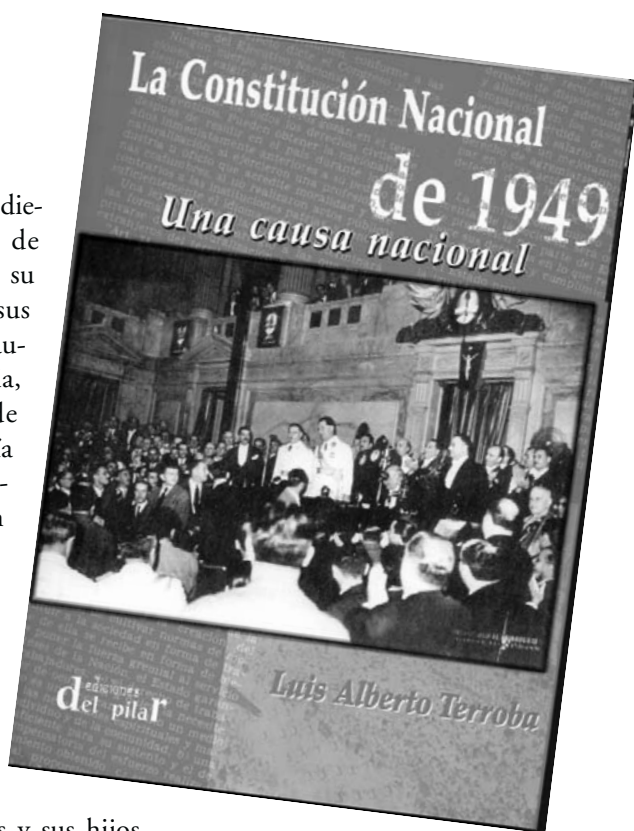
de 1949 y 1994?

tor de las Bases, que dieron origen al texto de 1853. ¿Qué nos dice su historia?. Costeado sus estudios por el gran caudillo norteco Heredia, patriota y liberal, de esos que cuando había que elegir entre su ideología y la Patria, elegían la Patria, aunque no estuvieran muy de acuerdo con la ideología de los que defendían la misma. Al estilo de Chilavert.

Alberdi, cuando tuvo que alabar, no

alabó a esos caudillos y sus hijos

federales. Prefirió inclinarse por el europeo, aunque fuera iletrado, por sobre el criollo, por culto que fuera. Su lugar en el mundo era París. Y la hija de esa admiración europea por sobre lo nacional, fueron sus Bases. Engendro teórico de protección del interés imperial, por sobre el interés nacional. Lógicamente, cuando la Nación cayó en Caseros, triunfando el coloniaje, las Bases, se transformaron en el texto legal de ese coloniaje. Tuvimos la Constitución de 1853-1860, hija ilegítima del matrimonio de los intereses británicos por vía de su madre, la Banca Mauá-Rotschild y la traición personificada en su padre, el traidor Urquiza, nacida en la sala de Caseros, y bañada en la sangre de Chilavert. Alberdi, embajador en París, o corriendo tras los ocasionales detentadores del poder, con tal que lo designara en



París. Nadie puede criticarlo por su gusto por las livianas cocottes francesas, por sobre la bellas herederas de las ñustas incas. Cuestión de gustos, o de su mal gusto. Pero sobre eso, no hay nada escrito. Cada cual en su huella. También fundamentó su prestigio sobre un escrito "El crimen de la guerra", nota que sería notable en todo sentido si no viniera de quien viene, y no se conocieran las razones por las cuales la hizo. No tenía quien le "bancase" su estadía en las noches parisinas, y quería congraciarse con el gran Solano López, que según parece, se regía por el viejo método de analizar las aves para conocerlas... Primero mirar que comen, y después mirar que... Y vistos los resultados, despacho al verde Alberdi... pero no precisamente a París. Mantenido por su coterráneo Roca, en la primera ocasión que tuvo, la votación por la federalización de Buenos Aires, se quedó en la ciudad junto a los enemigos de Roca, mientras Avellaneda se fue a Belgrano y los chinos del general impusieron a sangre y fuego el poder nacional por sobre el poder localista de Tejedor. Tal el padre, de ese Estatuto Legal del coloniaje llamado Constitución de 1853, que solo sirvió para encadenar

al Pueblo Argentino, que durante largos años levantó la lucha tendiente a recuperar sus derechos. Por la fuerza en la formación inicial del estado roquista, en las revoluciones radicales, y en los llamados a su reforma por las huestes yrigoyenistas. Concesiones de ferrocarriles, de servicios, libre-cambio expoliador de las riquezas nacionales, apaleador de obreros, tal la doctrina de 1853-60.

La Constitución de 1949

A diferencia del texto del 53, el de 1949, aunque llamada reforma, fue una nueva concepción. No era hija de minorías extranjeras, sino de la decisión mayoritaria del pueblo argentino. En su nacionalismo económico rescataba la vieja ley de aduanas de 1835. En la nacionalización de las riquezas reivindicaba a las empresas nacionales creadas por el gobierno de Yrigoyen. En sus derechos sociales reivindicaba al criollo federal devenido en obrero industrial. En sus ancianos y en sus niños imponía los derechos del pueblo argentino como dueño de sus destinos. De la expoliación vía los impuestos, volvía al sistema de los impuestos para el pueblo. Del derecho abstracto, volvía al derecho concreto imponiendo la idea del abuso del derecho. Su norte no era la letra fría, sino el hombre concreto que trabaja para su Patria. Era el molde jurídico de una Patria políticamente soberana, económicamente libre y socialmente justa. Fue el Estatuto Legal de la Soberanía, como expresión de concreción de un



¿Son comparables las Constituciones de 1949 y 1994?

camino que iniciaron los viejos criollos de la Reconquista, impuesta por sus hijos y por los hijos adoptivos que abrazaron sus destinos a esta tierra. Su teórico, el más grande jurista que ha tenido el país: el Dr. Enrique Arturo Sampay, ocultado como su creador. Su impulsor: el general Perón a la cabeza de un Pueblo.

La vieja Cocotte se acicala sin dejar de ser

Cocotte

Llegado el año 1956, los nietos de Alberdi, Sarmiento y Mitre, en minoría, como lo habían sido en el s. XIX, volvieron a imponer sus intereses espúreos contra la Nación. La Constitución legítima políticamente, y legal jurídicamente fue derogada en abril de 1956 por un bando militar. Se reimplantó el viejo texto de

1853, eso sí, violando el art. 30 del mismo, tanto como el art. 20 del texto de 1949. Violando ambos, pues la nueva Constitución, quedaba subordinada a la proclama de 1955. La Convención de 1957, elegida por elecciones en las que se impuso el voto de los excluidos, terminó disolviéndose por ausencia de quórum, pues sus convencionales se fueron retirando, hasta perder la condición básica para sesionar. Como se ve, todo un dechado de legalidad.

Comenzaron su larga obra de demolición de todo lo que el pueblo había conquistado para la Patria. Demolieron el IAPI por ser la expresión del nacionalismo económico, demolieron el IMIM (1), transformaron los pactos bilaterales en deuda externa, y aquel trío del s. XIX devino en Prebisch, Aramburu y Rojas. Asesinaron a mansalva bajo el principio democrático de una bala un voto. Por supuesto, no alcanzaron los casi tres años de Contrarrevolución fusiladora. Fue necesario dar varios pasos. Introducir la industria imperial del automotor para debilitar la industria nacional. Por ahora solo eso. Debilitar ya que no se podía destruir. Nuevos contratos petroleros, no del todo malos, pero sí muy inferiores a los proyectados con la California. El paralelo 42 (2) para atacar la industria nacional por la vía del contrabando legal. Los años de Illia para endeudar con la derogación de los contratos de Frondizi. La pampa oligárquica vivía sus últimas y trasnochadas farras de champagne y cocottes. Cuando el traje se achicó, ya no había lugar para la clase media que se había alimentado de las migajas, y fue necesario Onganía-Krieger Vasena para desnacionalizar la pequeña y mediana indus-

tría nacional. Autopartes y cigarrillos pasaron al interés extranjero. Los argentinos se quedaban con el cáncer, y los imperialistas con los dólares. No obstante la brutalidad del sistema surgió, había una barrera que marcaba el límite: el gral. Perón, fundamento y base política de la Constitución de 1949. Personalización de los principios proclamados que formaban la carne y la sangre del interés nacional. El gobierno de Lanusse impuso una nueva reforma, tan ilegal como la de 1956 o la de 1957.

La vieja Cocotte se jubila, pero no se retira

Los movimientos de provincia de fines de la década del 60 reconquistaron el gobierno, pero no el poder. El general Perón llegó a su tercera presidencia, pero antes de un año el viejo caudillo retorna a su pueblo, su único heredero, las banderas que había prometido defender, y dejó las mismas para las futuras generaciones.

Poco podemos decir de los años de plomo. Martínez de Hoz continuó la tarea de demolición y debilitamiento del Estado Nacional configurado durante le era de Perón. La constitución era una excrecencia ilegal nacida de la ilegalidad de 1956. La presidencia de Alfonsín no fue un retorno a la democracia, principalmente fue una continuidad con el camino comenzado en septiembre de 1955, hecho fácilmente comprobable en la historia personal de los integrantes de su primer gabinete. Ya no eran necesarios los comando civiles. El movimiento nacional descabezado no ofrecía peligros. Pero no era suficiente la minoría radical. Para el golpe de gracia hacía falta que el mismo llevara el nombre de "peronismo". Esa fue la función del gobierno del pícaro "Carlitos", con la ideología del "libertador" Alzogaray, no la de Perón. Así se llega al Pacto de Olivos, así se llega a la reforma de la ilegalidad de 1955, de un texto que nominalmente se puede decir de 1853-60. Bajo esta luz, la constitución de 1994, o mejor dicho su reforma, no es más que una actualización del viejo Estatuto Legal del Coloniaje.

Todo indica, desde la caída del viejo militante gorila en el 2001, que el retorno del peronismo, desde Rodríguez Saa, Duhalde y el actual gobierno, que un impulso básico de la sociedad por recuperar su soberanía política real, su nacionalismo económico y su justicia social esta en marcha. Nada está dicho, nada está concluido, nada será legal, ni siquiera lo legítimo hasta que se recupere el Estatuto Legal de la Soberanía, que tiene Acta y hora de nacimiento, el 13 de marzo de 1949. Que tiene padres,

abuelos y tatarabuelos, cuyos nombres son conocidos: Moreno, San Martín, Dorrego, Rosas, los caudillos federales, los chinos de Roca, Yrigoyen, Perón, los obreros de la Forestal y los de la Patagonia, y los soldados de Malvinas que reconoce sus fiestas en el 25 de mayo, 9 de julio, 17 de octubre, el 29 de mayo, el 12 de agosto...

En cuanto a Mitre, Sarmiento y Alberdi... esos... esos... son de otra familia... son hijos de Rivadavia y padres de Aramburu, Rojas, Martínez de Hoz, Alzogaray, Alfonsín y... y... y... no me atrevo... sepa disculpar el lector mi cobardía, como todo argentino soy supersticiosos... y de nombrarlo tendría que decir el gesto que haría... y por la dudas lo lea una dama... prefiero no nombrarlo... no vaya a ser que... Todos estos están con la vieja constitución de 1853 reformada en 1994.

Como se ve... ambos textos, no son comparables... distintas familias, distintos conceptos, distintos objetivos. Son distintas cosas. Lo divino y lo satánico no son comparables... cada cual tiene sus seguidores... pero no son comparables. Y en ese sentido, y para que no queden dudas... la Constitución de 1949, era la voz del pueblo, que según creemos muchos... es la voz de Dios. ■



(1) IMIM. Este instituto movilizador de inversiones mobiliarias, había sido creado con el objeto de reunir fondos destinados a financiar inversiones industriales. Fue disuelto conjuntamente con el IAPI, por el secretario de industria de la revolución fusiladora de 1955, el ingeniero Alvaro Alzogaray, como primera medida de la demolición de la estructura industrial generada por el gobierno del general Perón.

(2) Paralelo 42. Esta verdadera aduana interna fue creada por la misma revolución de septiembre de 1955. Tuvo por objetivo ingresar productos sin impuestos, los que posteriormente, mediante el contrabando, eran ingresados en competencia con la industria nacional de producción de bienes, con el objetivo de destruir la misma, en una forma similar al posterior Plan Martínez de Hoz, del que solo se diferenciaba en su metodología.

Medioambiente y prensa

¿Decimos lo que quieren escuchar o lo que tenemos que decir?

Con frecuencia, los problemas ambientales tienden a ser presentados públicamente con un estilo simplista, cuando no, pueril. Desde los medios, se tiende a identificar a “los malos de la película” y es ahí cuando también se buscan “actores” que puedan representar el papel de “los buenos” o “justicieros”. Por supuesto, no falta quien –de uno y otro lado- se presta a desempeñar ese “papel”. Porque, como decía Atahualpa Yupanqui, “*están los que cantan para la tradición y los que cantan para el micrófono*”. También, es real que existe una presión periódica para que el entrevistado de turno diga lo que el público quiere escuchar (o consumir) y no lo que tiene –técnica y moralmente- que decir, que no siempre es espectacular, sencillo o efec-

tista, por más metáforas que uno quiera buscar.

El camino hacia la búsqueda de la verdad o de la justicia está minado de obstáculos. En realidad, está minado (que ya mucho decir). Minado, porque nada es más fácil que buscar los “blancos” y los “negros”, dejando de lado la amplia gama de “grises”. Es ahí cuando el que obra con franqueza pisa la mina y desaparece de escena, para dar lugar a quien pueda ocupar el anhelado nicho “amarillista”. Sin duda, parte de esta situación se nutre en la ingenuidad con que muchos consideran a los grandes medios de comunicación, como si fueran instituciones imparciales, paradigmáticas en la búsqueda de la verdad y casi científicas, perdiendo de vista que en la enorme mayoría de los casos se trata de empresas, que tienen su poco ingenua carga de intereses políticos y económicos en juego. Intereses que justamente suelen interferir con un análisis objetivo para presentar la realidad, porque –es sabido- una empresa se monta para obtener dinero, no verdades.

Un ejemplo de esto lo he observado en la posición de algunos “ecologistas” ante el tráfico de fauna, cuando se manifiestan en contra de todo tipo de comercio, sea legal o ilegal, sustentable o irracional, igualándolos a todos y esgrimiendo sólo argumentos sensibleros, desnutridos de la realidad social por la que atraviesa dramáticamente mucha gente y restringiendo la aplicación del “uso sustentable” sólo a la teoría. Es que cuando llega el turno de dar impulso a proyectos, que implican aceptar y apoyar la caza, la pesca, la deforestación o recolección racional y controlada de una especie, se oponen, porque –en el fondo- son fundamentalistas y les preocupa más el sufrimiento de los



“pobres animalitos” que el de la gente. Por eso, no es raro hallar

“ecologistas” bastante insensibles ante los dramas humanos. Parecieran no comprender que no es posible conservar la naturaleza sin justicia social. Y que de la pobreza sólo se sale con desarrollo, y que cualquier desarrollo implica generar impactos ambientales. El tema es generar sólo los necesarios, del menor modo posible y compensándolos con otras medidas que equiparen los daños con beneficios concretos para los recursos naturales.

Aspiro a que estos comentarios no sean percibidos como una crítica insinuada. Porque es un ataque. Y un ataque que no está destinado sólo a los periodistas amarillistas o a los medios que los contratan, sino, especialmente, a mis colegas, los que “cantan para el micrófono” y a los que en su anhelo vedetista terminan “enfermos de importancia”. Se olvidan (si la tuvieron) de la motivación original por la cual se enrolaron en la causa ambiental, porque dedican demasiado tiempo y esfuerzo a sí mismos. La verdad es que lo siento mucho. Pido disculpas por personalizar tanto esta nota, pero me sentiría un poco cobarde decir esto usando otra persona gramatical.

Luego de regar la pólvora, me interesa encender el fósforo. Los verdaderos “héroes” del ambientalismo, en realidad, debemos buscarlos en las filas “enemigas”. Entre los industriales que necesitan produ-

Caza ilegal, yacarés cuereados en el Estero del Iberá.

cir y lo hacen con el menor impacto ambiental; entre los comerciantes de fauna, cazadores o pescadores que se mantienen al margen de la ilegalidad; entre los funcionarios públicos honestos rodeados de corrupción; o entre los periodistas serios que trabajan rodeados de los que buscan “sangre”. Porque son ellos los que superan el “no podemos”, “no sabemos”, “veremos qué podemos hacer” o el “habrá que ver”. Desde el lado de las ONGs tampoco es fácil hacer las cosas bien, pero creo que menos difícil que en los casos anteriores, donde el reconocimiento suele ser más mezquino. A veces, parece-

mos lo que el Dr. Enrique Richard suele llamar la “*Sociedad de los aplausos mutuos*”, refiriéndose a las instituciones ambientalistas que entregan premios a sus pares o que organizan reuniones y congresos para aplaudirse luego de cada presentación. Tiene mucha razón.

La verdad es que no hay una sola manera de ver un conflicto ambiental y distintas miradas, desde distintos sectores, contribuyen a armar el rompecabezas. Por lo tanto, la construcción de una solución debe contar con una participación multisectorial. Si aceptamos la necesidad de escuchar a todos los protagonistas, los que están de uno y otro lado del problema tendríamos una idea bastante aproximada y más objetiva sobre el conjunto de hechos y circunstancias que dan fopensamiento y actitud intransigentes. Eso está claro. Pero es en esos momentos cuando habrá que reconocer a los que trabajan “por el oro” (buscando socios o fondos), “por el bronce” (satisfaciendo su orgullo) o por la causa ambiental, que es el lugar de menor “lucimiento” y “rentabilidad” para los “enfermos de importancia”.

No quiero terminar esto sin ratificar mi convicción en la necesidad de contar con lo que podríamos denominar “una defensa inteligente”. No quisiera que se entienda que la inteligencia es una expresión pedante, sino anhelada. Y lo ratifico porque me consta que ha dado muy buenos resultados para la conservación de la naturaleza. En particular, para aquellos casos “terminales”, como lo

parecía aquel protagonizado por dos gasoductos que atravesaron el noroeste de la Argentina hace no mucho tiempo atrás. Cuando ya no había más espacio (o dinero) para pagar solicitadas o avisos “ecologistas”, cuando ya se habían agotado las

instancias legales y cuando la fiebre mediática dejó lugar a la temperatura normal que auspicia a la indiferencia, bien podría haber llegado el olvido para buscar nuevos conflictos y repetir el esquema, pero una negociación honesta por parte de una empresa y una ONG permitieron ir más allá de lo que la ley había pautado. Así, se logró que uno de los gasoductos invirtiera en arrimar gas a varias localidades jujeñas que no disponían de este recurso, que se compraran cerca de 20.000 ha para crear dos áreas naturales protegidas en Salta (una a cargo de la Administración de Parques Nacionales y otra a cargo del Estado provincial), que se fortalecieran otras áreas protegidas olvi-



dadas y que se financiaran du-

rante varios años unos cuantos proyectos de uso sustentable y conservación para beneficiar a la biodiversidad y a la gente, entre otras cosas. No es poco. Porque si todos los proyectos de desarrollo o de infraestructura hubieran dejado o dejaran este tipo de “compensaciones” (término que algunos de mis colegas rechazan) nuestro país, sin duda, sería otro. Este criterio de gestión no es comparable con la venta de indulgencias papales ni con un “cambio de figuritas” para permitir cualquier tipo de proyectos a cambio de “compensaciones”. Pero sería necio -una vez perdida la batalla- no buscar la adopción de medidas ambientalmen-

¿Decimos lo que quieren escuchar o lo que tenemos que decir?

te positivas para contrarrestar los impactos negativos de un proyecto.

Los conflictos ambientales son de una complejidad enorme, con desafíos que no podemos resolver sólo desde las ONGs. Además, pensemos que no es inusual que adolezcamos de lo que llamo el “*Síndrome de la sociedad zoológica*”, cuando terminamos más preocupados por la fauna que por la gente. Por esta razón, debemos tener una aptitud y actitud predispuesta a buscar soluciones realistas, sin traicionar los ideales, ni manteniendo posturas fundamentalistas, reservándonos el enfrentamiento cuando ya no hay espacio para construir solu-

ciones consensuadas. Porque el paradigma de alcanzar un desarrollo socialmente equitativo, económicamente viable y ecológicamente sustentable requiere de personas, recursos y acciones coordinadas y complementarias de los tres sectores de la sociedad. Lógicamente, se necesita de un Estado, de empresas y ONGs compe-

tes, sólidas técnica y éticamente. Porque si el Estado no ejerce su criterio rector hará un mal gobierno. Si la empresa no busca compatibilizar el aumento de su rentabilidad con la sustentabilidad ambiental perderá liderazgo y deteriorará su nivel de competitividad en el mercado. Y si las ONGs no obran con la consigna de resolver los problemas de fondo perderán su capital más importante: la credibilidad. Está claro que ese no es el camino

Creo que este panorama guarda una estrecha relación con nuestra capacidad (o incapacidad) para superar la crisis ambiental, que es una parte de la gran crisis nacional. Nos preocupamos mucho de la tasa de “riesgo país” asociada a la visión de nuestros acreedores sobre la posibilidad de pago que tenemos para afrontar los intereses de nuestra deuda externa. Pero no es profunda la preocupación del “riesgo país” en lo educativo, en lo científico, en lo cultural y en lo ambiental. Pareciera que, ni siquiera, en lo social. Sí, en lo económico. Esto habla de la necesidad de trabajar intensamente en abordar los temas ambientales con el nivel de seriedad y profundidad que merecen, para que conozcamos el diagnóstico y podamos aplicar un buen tratamiento para nuestros males.

Por último, todo indica que si el país no está peor es por muchos de nuestros compatriotas. A la Argentina la



salvan las pasiones personales, porque detrás de todo proyecto que funciona, que genera resultados positivos para la conservación del patrimonio nacional (cultural o natural) hay una persona movida por su vocación y pasión. En un país serio, sabemos que las iniciativas no funcionan así, de abajo para arriba. Más bien, al revés. El Estado dicta directivas para que cada una de sus instituciones impulse una visión del país que proyecta ser. Desafortunadamente, nuestro país es desdichado. Hace rato que no vemos tal visión. Hemos tenido un talento descomunal para hundir un país como este. Pero nos queda cierta esperanza de verlo resucitar. Lógicamente, no hay que esperar milagros. Sí, en cambio que esas personas apasionadas, con conocimientos, vocación y honestidad puedan alcanzar no sólo el micrófono para decir lo que tienen la obligación moral y profesional de decir, sino cargos decisivos para un país más promisorio. El tiempo dirá si este no es otro sueño roto. ■

Claudio Bertonatti ()*

(*) Naturalista,
docente y museólogo.

Es imprescindible una genuina

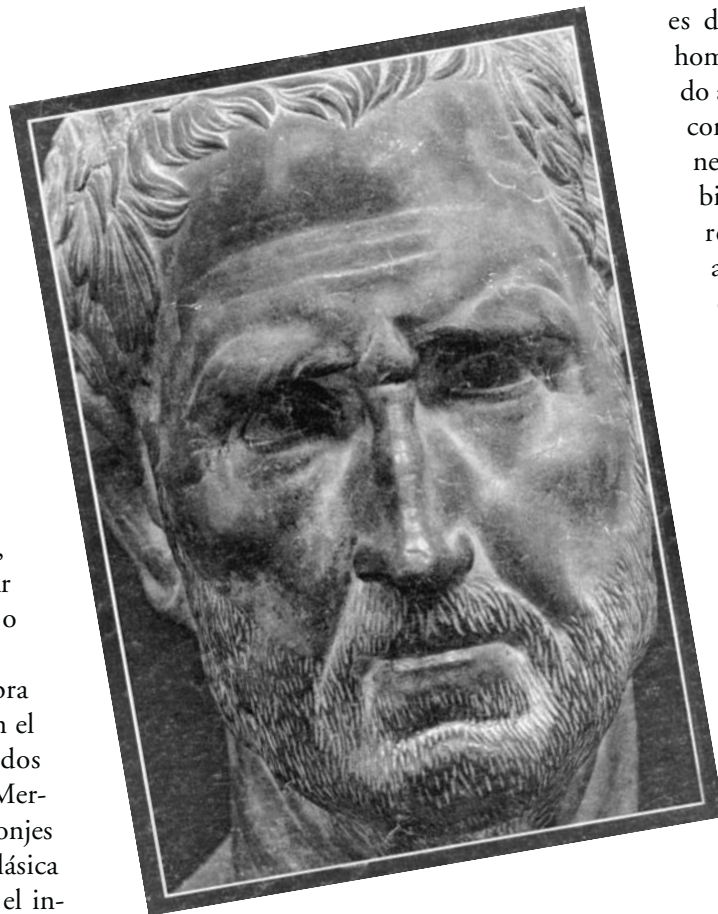
“No se ría malevo. Todo ser que ha recibido gratuitamente una jeta de su terrible Creador debe mostrarla, lucirla y defenderla en todos los certámenes. Es la norma universal”.

Leopoldo Marechal

Comencemos por las definiciones. La filosofía griega era gramática. “¿Qué es la naturaleza?” “¿Qué es el alma?”, “¿Qué es el amor?”, etc. El propio sentimiento trágico de la vida, en la indagación unamunesca, se expresa en términos filosóficos. ¿A qué llamamos cultura? Según el léxico, al desarrollo intelectual artístico, como a la acción de cultivar las letras, ciencias, técnicas o artes.

El origen de la palabra es religioso y se relaciona con el vocablo “culto”. Los iniciados antiguos fueron sacerdotes. Merced a los conventos y los monjes pudo salvarse la herencia clásica durante la Edad Media. En el interior de nuestro país la palabra “cura” es sinónimo de culto; no goza de parecido privilegio el pastor protestante, en el mundo nórdico.

Por principio, la cultura ha sido siempre menester de “clérigo”,



es decir, de intelectual, de hombre de estudio, de acuerdo a la acepción histórica del concepto. Para ser culto es necesario “ordenarse”, recibir un sacramento de tipo religioso o profano. De aquí que el concepto irradie una acepción “elitista”, como dice la actual y andante sociología importada, exenta de controles de cambio. El concepto de “elite” alcanza a los estudios de humanidades, sin los cuales la cultura no existe. Todos somos iguales menos en las diferencias naturales que fijan la virtud y el talento, como estipuló la Declaración de los Derechos del Hom-

bre y el Ciudadano. La decencia común y la viveza de genio son signos de aristocracia. Ninguno de nosotros aceptaría ser igual a un lavador de cheques, a un vaciador de bancos dirigido por el Estado, a un torturador público o a un especialista en definir al Peronismo desde la “Teoría de rabanito” y declarar la intrascendencia de la cultura desde

Por José Luis Muñoz Azpiri

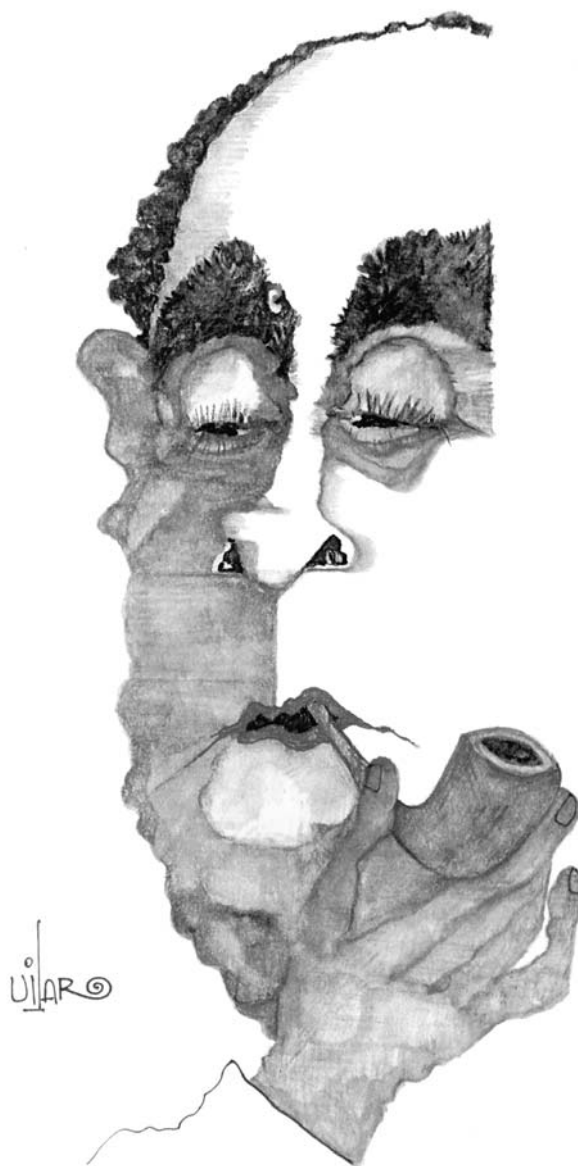
Política Cultural

la Secretaría del rubro, paradójicamente a su cargo.

En sentido etnológico, la cultura abarcaría todo lo que el hombre elabora siempre que apunte a la realización de valores de tipo filosófico y con la facultad de objetivarse en bienes mentales o espirituales. En tal forma, constituiría cultura las normas que sirven de pauta de acción a una comunidad. En ellas se asienta idealmente la conducta del grupo cultural. En el mundo ha habido hasta ahora veintidós culturas, según el historiador inglés Arnold Toynbee; únicamente, según este autor, la raza negra de África no se ha visto aún solicitada por dicha necesidad creativa. El norteamericano Huntington es más drástico, también excluye a los latinoamericanos

Varios y múltiples pueden ser los órganos culturales, pero en nuestro país desde el punto de vista estrictamente intelectual, el verdadero pulmón de nuestra corriente sanguínea es la universidad; de ella deben provenir nuestros gobernantes, políticos, reformadores, intelectuales, artistas y técnicos. En Europa y ciertas regiones de Hispanoamérica, la cultura se aspira espontáneamente. A través de las catedrales, los museos, las bibliotecas, las avenidas, la gran prensa, los jardines públicos. Entre nosotros ese papel es subrogado por las altas casas de estudio.

Sin embargo, la Universidad argentina está en conmoción y el movimiento y la serie de contradicciones que esta engendra la han distanciado de los demás órganos culturales encerrándose en sí misma, como un quelonio, y sometiéndose al voluntarismo sindical de sus elecciones estudiantiles. Pero todo



Es imprescindible una genuina Política Cultural

cambio o revolución proviene de desequilibrios y de la decisión de superarlos. El “plutonismo” universitario – llamémosle así – se inspira en el dogma de la lucha de clases y en sus mitos económicos, sociales y cívicos. Dicho fuego subterráneo ya ha consumido demasiadas vidas y riquezas. La nueva política cultural debe partir de la evidencia de que los más importantes acontecimientos nacionales han sido los combates llevados a cabo por el pueblo – y no por “vanguardias esclarecidas” – en procura de mayor dignidad y bienestar humano y social. Se ha dicho ya desde estas páginas, y lo repetimos, que luchar por la cultura nacional es, en primer lugar, luchar por la emancipación nacional, matriz material a partir de la cual nace la verdadera cultura. La lucha intelectual de hoy día es una lucha nacional.

No obstante, el objeto general de las aspiraciones revolucionarias universitarias no sería tanto la liberación nacional cuanto el acceso de la clase oprimida al poder. Pero, ¿qué pensaríamos, si para el caso de intentar nuestra manumisión social y pa-

triótica, se prescindiese de las garantías constitucionales y los fueros sociales? ¿Bonapartismo, fascismo? Es necesario concitar el sano y ejecutivo espíritu revolucionario con las consignas del Movimiento, que se hallan sujetas a tácticas diversas. El peronismo es, por esencia, revolucionario. Desde los primeros días, hablóse siempre de la “revolución justicialista” o la “revolución nacional justicialistas”. De no haber sido así, carece de toda explicación racional y lógica, el odio y la envidia del mundo respecto de la Argentina, a partir de 1945. Esta ofensiva “de las balas y la baba” contra el pueblo de Mayo se desató a partir del 17 de octubre. El peronismo es una especie de bolivarianismo ideal y mítico - no el caricaturesco del Congreso de Panamá o el choteo de Guayaquil –destinado a irradiar a todo el ámbito de la América española una solución revolucionaria común. Bolívar solo pensó en cambiar Madrid por Londres, o sea una metrópoli por otra. La solución, en cambio, reside dentro de nosotros.

El problema conceptual de la cultura escapa al objetivo de estas páginas. La locución “cultura popular” es tal solo un sinónimo de la palabra “ilustración”. Una persona ilustrada no es necesariamente culta. Igual sucede con los vocablos “instrucción” y “educación”. Las consignas educativas de William James que “civilizaron” a los Estados Unidos no se entendieron nunca como acción culturizadora. La cultura entraña el problema crítico, que puede gravitar contra ella misma (Ernst Cassirer) y sus polos son la creación o la aniquilación, el platonismo o el nietzscheanismo. Tal expresión dramática no ha alumbrado en nuestro país salvo el caso aislado y cuestionable de Lugones.

Y Jorge Luis Borges? Este fue un escritor erudito, aspirante a “scholar”, cuya difusión semicosmopolita a la zaga de Hugo Wast y Manuel Gálvez se debe a razones extraculturales (director de la biblioteca de Estado más importante del hemisferio austral, “viajero” anglosajón de su propio país, arcángel Miguel de la milicia democrática contra el dominio oscuro de Satán-Perón. Cultivo moroso del mito gardeliano de la “viejita”, frecuentación de un “entourage” de poetisas y poetisas semiins-

*Y Jorge Luis
Borges? Este fue
un escritor erudito,
aspirante a
“scholar”*

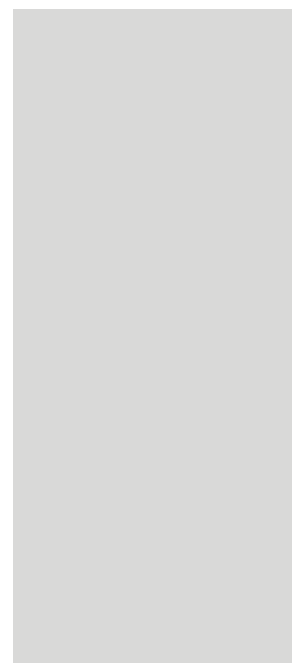
truídos, etc. etc.) En suma, los mitos de Pasternak y Solshenitzin, trasladados al subdesarrollo de una colonia intelectual europea, un taller de costura con vista al puerto.

En el terreno realista de los hechos la solución que debe arbitrarse es simple: el pueblo debe ejercer el poder, recuperar el Estado que le fue sustraído después de Pavón y dictarse el tipo de cultura que más le convenga.

Los términos “aristocrática” y “popular” carecen de sentido crítico. La mente del dueño del Mercedes-Benz es similar a la de su chofer, unidas estrechamente una y otra por el chorro de lodo humano, recogido en los callejones de las ciudades de la potencia hegemónica, que se derrama por la pantalla del televisor. En el Barrio Norte de Buenos Aires, acrópolis de América del Sur, pocas personas leen libros o aciertan a interpretar las entrelíneas de los periódicos. El tango, mal que le pese a nuestro estafalario Secretario de Cultura, es arte barroco, o sea, elaborado extravagante, fruto de los epígonos orilleros de Góngora.

La más alta expresión de la aventura artística, el clasicismo, es en cambio popular. El folklore del interior tiene origen erudito. El pueblo puede aspirar a una cultura de “élites”, si ese es su anhelo y objetivo. En vez de inocularnos engendros como la “cumbia villera”, reivindicada por funcionarios que jamás dedicaron diez minutos de su vida a Corelli y a Bach, y tal vez ni siquiera a Astor Piazzola o Atahualpa Yupanqui, deberían acercar al público al mundo de Haendel y Cimarosa, con la convicción que gustará de él. Para Eugenio D’Ors, el poema “Martín Fierro” es tan complicado como las ecuaciones simbolistas de Mallarmé.

Los jacobinos aspiraron a modificar las bases mismas del razonamiento humano; el justicialismo sólo anhela abolir un orden cultural “falso e bugiardo” y sustituirlo por otro nuevo, auténtico y veraz. ■





Alhajita es tu canto.

El capital simbólico de Atahualpa Yupanqui

Ricardo J. Kaliman (Tucumán, 2003)

Por Carlos Juárez Aldazábal (*)

“Alhajita es tu canto” es uno de los versos de “Zambita de los pobres”, composición de don Atahualpa Yupanqui. La frase poética, subtitulada con el concepto (acuñado por Pierre Bourdieu) de “capital simbólico”, nos pone sobre la pista de la propuesta analítica de Ricardo J. Kaliman en este texto insoslayable para comprender, desde una perspectiva propia de la sociología de la cultura, la conformación del campo de la moderna música folclórica argentina.

La información que aporta Kaliman se vuelve fundamental para cualquier investigador que quiera trabajar con seriedad objetos culturales etiquetados como “folclore” desde el sentido común: lejos de esencialismos y de miradas analíticas esquemáticas, el texto ar-

ticula herramientas propias de la crítica literaria con una serie de datos contextuales, indispensables para iluminar una zona discursiva descuidada, o directamente ignorada, por la academia argentina. Es justo recordar que ha sido el propio Kaliman, junto a un grupo de investigadores de la Universidad Nacional de Tucumán, el primero en preocuparse, desde una perspectiva crítica, por subsanar el olvido.

“¿Por qué el reconocimiento a la obra de Atahualpa Yupanqui se alza casi omnipresente a lo largo y a través del abigarrado conjunto del folclore argentino moderno?” Este interrogante, que funciona como disparador de la argumentación, será minuciosamente respondido a lo largo de las más de 150 páginas que forman *Alhajita es tu canto*.

Leyendo los resquicios de las letras de Yupanqui, en un corpus breve pero preciso para reconstruir el capital simbólico del cantautor tucumano, el análisis complejiza las representaciones identitarias subyacentes en el discurso folclórico argentino, reconociendo en el decir del canto yupanquiano matrices que incluyen el esencialismo hegemónico (el folclore pensado por intelectuales orgánicos como Lugones o Rojas) junto a discursos subalternos cimentados, en el caso de Yupanqui, por la reivindicación de un temprano indigenismo y la experiencia democrática del populismo yigoyenista. Pero también la vivencia trashumante del



hombre de campo, poseedor de saberes no validados por el racionalismo moderno y, al mismo tiempo, víctima de las desigualdades sociales impuestas por las clases dominantes.

Al analizar el discurso de Atahualpa, discurso omnipresente en la conformación y consolidación del campo folclórico moderno, Kaliman logra confirmar una de sus premisas argumentativas: el campo del folclore moderno es “un terreno de lucha por la definición y redefinición de la colectividad que se pretende expresar en él”. Un terreno de lucha definido originalmente por la oligarquía terrateniente, y sobre cuya oposición hubo que negociar otros sentidos. Terreno en el que, por cierto, el peronismo no dejó de marcar su huella, consolidando el circuito industrial folclórico al ritmo de las migraciones internas que, ya desde la década del 30, alimentaron las grandes ciudades, especialmente Buenos Aires y su conurbano.

Debo señalar la vocación de apertura que propone *Alhajita es tu canto*: “Este libro no pretende ser exhaustivo ni definitivo. El campo en el que se sitúa es no sólo complejo sino además relativamente inexplorado”. En tal sentido, la elección del análisis literario se presenta como un camino posible (y en el caso de Atahualpa indispensable) para investigar esta zona cultural. El análisis musicológico, sin embargo, no se descuida: descripciones breves y sutiles de armonías yupanquianas, lo mismo

que de su estilo de canto, sirven para dar pistas a futuros investigadores que quieran profundizar, por ejemplo, en el saber de los acordes criollos utilizados por Yupanqui. La relación del cantautor con la industria de la música tampoco es ignorada, dejando abierta la posibilidad de estudiar las transformaciones de esta industria y su relación con las rutinas productivas del género.

Alhajita es tu canto se presenta, entonces, como un texto pionero e indispensable para comprender el surgimiento y la consolidación del folclore argentino moderno, complejo proceso social, dinámico y contradictorio, que continúa transformándose (a pesar de los discursos puristas y esencialistas) en una redefinición identitaria constante.

Un enfoque crítico y original a uno de los textos fundacionales del folclore moderno: la obra de don Atahualpa Yupanqui, lugar de cruce de saberes y conflictos que, hasta este libro, nunca se había abordado con la rigurosidad merecida. ■

(*) Carlos Juárez Aldazábal (Salta, 1974) es periodista y poeta. Publicó *La soberbia del monje* (1996), *Por qué queremos ser Quevedo* (1999) y *Nadie enduella su voz como plegaria* (2003). Con la socióloga Julieta Mira: *Reconstruir el tejido social. La Trama de Palermo Viejo* (2003).

Universo Rejtman:

de *Rapado* (1996) a *Los guantes mágicos* (2004), una parodia de la clase media.

Universo Rejtman: de *Rapado* (1996) a *Los guantes mágicos* (2004), una parodia de la clase media.

Considero que el cine argentino de los últimos años es, posiblemente, una de las manifestaciones artísticas más ricas de entre las muchas que dan cuenta de los diversos imaginarios en pugna que recorren nuestra sociedad actual.

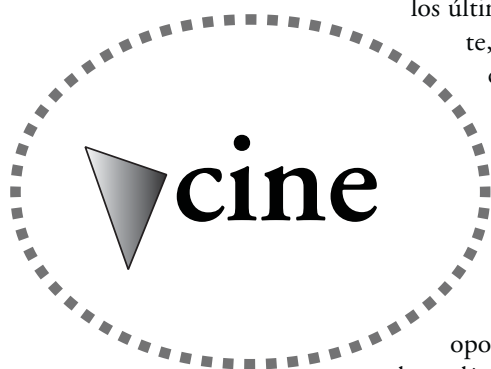
Propongo, en esta oportunidad, una lectura de las películas de Martín Rejtman, cineasta joven, considerado desde hace más de una década como talento pionero e innovador entre los críticos especializados y los jóvenes estudiantes de las escuelas de cine. Un detalle interesante: *Rapado* –su ópera prima de 1991–, fue calificada de “película sin interés” por el INCAA, gestión Mahárbiz, objetándosele que “mostraba una juventud sin horizontes, sin ideales y,

por tanto, no-argentina”¹. Fue estrenada tardíamente en 1996.

Sus filmes “hablan” del espacio social todo, aunque lo hagan por omisión –no aparecen en escena los más privilegiados, ni los desposeídos, ni los lumpenes. Su personaje predilecto es la clase media, aunque empobrecida.

Lo que hace a su filmografía altamente interesante es que en sus historias consigue, sin pasar por encima de la carencia económica, un descentramiento de este motivo de queja – que suele ser la marca más frecuente entre los sectores sociales a quienes representa– para enfrentarlos con un universo experiencial desdramatizado, distanciado y, en consecuencia, paródico. De esa manera, logra poner/nos al descubierto nuestras carencias y nuestras miserias más escondidas. Su cine opera como un catalejo: a la vez que sirve para alcanzar una visión que va más allá, logra acercarnos al detalle.

No parece casual que, a través de su serie – *Rapado* (1996), *Silvia Prieto*



(1999) y *Los guantes mágicos* (2004)-, la edad de los personajes protagónicos haya ido ascendiendo. Esto sirve para poner en evidencia que los jóvenes adolecen de ciertas características y los supuestos adultos, de tan “juvenilizados”, no se muestran capaces de contenerlos, y menos aún, de funcionar como figuras ejemplares. Todo lo contrario: se derrumban detrás de un discurso tan inútil como impracticable en estos tiempos.

En definitiva, los habitantes de la ciudad son mostrados en la más extrema soledad, en la sumergidos en la inercia de no poder registrar siquiera, con cierta seriedad, sus aspectos valiosos como individuos, tan abotagados que ni se imaginan como integrantes de un grupo que pueda transformar la realidad.

Mentir y mentirse puede ser una coartada, pero la verdad es que todos son absolutamente intercambiables en el marco de la Argentina de los últimos años. Ausentes las instituciones, su in-

tervención jamás será convocada por los protagonistas de Rejtman, quienes ante la menor sugerencia al respecto muestran absoluta desconfianza.

Tampoco confían en la institución familiar. Discursos de padres e hijos corren por carriles paralelos, sin intercambiar una cuota de comunicación veraz. Se habla lo mínimo indispensable y solamente se transmiten ciertos datos intrascendentes. Cuando no se miente, se disimula o se desoye al otro.

La ligazón principal parece darse entre ser humano y “máquina de trasladarse”, medio de transporte, que posibilita el deambular. Estos son seres que se desplazan permanentemente, como forma de liberar sus incomodidad. Desechadas las posibilidades de movilidad ascendente, es decir, de as-



1 Citado de “Martín Rejtman: la superficie de las cosas” en Bernades, Lerer y Wolf (editores): *Nuevo cine argentino. Temas, autores y estilos de una renovación*. Buenos Aires, Tatanka, 2002.

censo social, el único recurso parece ser el merodeo.

Y gracias a él, a sus innumerables e impredecibles periplos, puede llegar la “salvación” inesperada: “salvarse provisoriamente” es capturar algo de otro, apropiarse, ¿robarle? Llamarlo así sería darle un estatuto moral condenatorio que no existe en Rejtman. La actuación desafectivizada que en los casos de hurto/asalto muestran sus personajes parece abonar la idea de que, en nuestra sociedad actual, todos nos sentimos estafados. En definitiva, si nada de eso adquiere dramatismo es porque todos podremos devolver el gesto de atropello del que hemos sido víctimas. Y vale poner la creatividad al servicio de este acto retributivo.

En *Los guantes mágicos*, su película estrenada más recientemente, pone en escena un pequeño mundo donde uno se pregunta quiénes son los jóvenes.

La edad manifestada entre sus personajes más jóvenes oscila entre 24 y 32.

Piraña y su mujer, quienes por apariencia y experiencia deberían funcionar como adultos dentro de este micro-grupo social, son quienes primero se muestran verborragicos, invasores, intrusivos, para luego ir degradándose. Él (Sergio/Fabián Arenillas) llegará a introducir a los más jóvenes en un utópico negocio de guantes mágicos, o sea los conducirá al fracaso, por la vía que antes afirmaba haberle resultado rentable: dice no haber progresado económicamente gracias a su música, sino a sus negocios. Ella (Susana/Susana Pampón), agente de viajes, o mera empleada de una agencia, es quien más esfuerzos ha dedicado a rescatar a Ceci (Cecilia Biagini) de una supuesta depresión que le diagnosticó; termina cooptada por la parálisis, el abandono, la abulia depresiva y la inercia que antes tuviera la joven. Resultados: su expulsión del terreno donde actúan los otros, recluida en un *spa* de Brasil, sólo reclamará la compañía de un perro. Y no se trata de una inmolación que beneficie a nadie, ya que no le ha hecho más que daño a la pobre y joven Ceci, quien

en definitiva será tardíamente rescatada por los apasionados abrazos de un extranjero.

Entonces, los supuestos adultos cuarentones no se distinguen en esta historia por una función de contención, rectora ni benefactora en ningún sentido, independientemente de sus supuestas buenas intenciones.

Sus viejas fórmulas para explicar la realidad, analizar y resolver los problemas, propios y ajenos, resultan no solamente estériles, sino, peor, perniciosas para quienes los rodean.

El espacio geográfico recreado en este filme dicotomiza un dentro / fuera

con características bien diversas. Adentro es la ciudad, de barrios suburbanos, casi desierta, con pocos comercios abiertos, con muchos boliches nocturnos. Con muchos “otros” reducidos a miles de luces encendidas que se destacan en el negro de la noche. Ése es el escenario



de una clase media que, aun cuando no parezca tener problemas económicos, tiene serios problemas de comunicación. El sinsentido de sus vidas se manifiesta a través de “fórmulas” que muestran pronto su caducidad, o, más directamente, mediante patologías de misterioso origen.

Los personajes están todo el tiempo dialogando en un “adentro” —de Buenos Aires o de otra ciudad argentina— pero, al mismo tiempo, viajan de una casa a otra, y, especialmente, de un lugar donde habitan, al aeropuerto que los llevará hacia el afuera nunca visto, pero pensado siempre como

fuelle de una mejoría, sobre todo psicofísica, pero también económica, en el caso del actor de películas porno.

¿Cuál es la manera peculiar de transitar la ciudad de estos seres, ya que nada del contacto con otros es escenificado?. Casi no dialogan por fuera del lazo que los une entre sí. Y nadie del afuera los afecta demasiado.

Aquellos que se acercan parecen terminar como atrapados dentro de los límites de una burbuja invisible, que ellos mismos alimentan a través de historias altamente inverosímiles que pretextan para sus acercamientos.

Otra de las cuestiones relevantes que se escenifican es la escasa importancia de la identidad, de las personas y de las cosas, que se toman y se dejan, aparecen y desaparecen, sin que ello preocupe demasiado a nadie.

En cuanto a las personas, la desaparición de la mujer de Piraña sólo es manifestada verbalmente por el narrador protagonista, sin que sus palabras tengan como correlato alguna manifestación de los efectos de su ausencia.

En cuanto al auto, el Renault 12 blanco, es quizás lo que más parece querer en el mundo Alejandro, sin que por ello pelee por mantenerlo hasta las últimas consecuencias. Otra decena de autos parecidos lo harán fantasear con su pertenencia, y jugar a que obedecen al comando de su cierre centralizado de puertas, lo mismo que si fuera el suyo.

Cecilia lo ha dejado, pero Alejandro (*Vicentico* Fernández Capello) permite que Valeria ocupe prontamente el lugar de compañera. Asimismo, cuan-

do Valeria manifiesta que se irá lejos, envidiosa del hombre que se llevó a Ceci, se sugiere que será nuevamente abandonado. Desfile de mujeres, profundamente diferentes en algunos aspectos, que no parecen preocuparlo demasiado. Luego, desfile de automóviles, ajenos, que tampoco generan un cambio. Se roba uno por un rato, y allí finaliza toda la transgresión. Da lo mismo todo: ser chofer, de remise o de ómnibus.

Los jóvenes que nada hacen —la primera Ceci, Alejandro— tampoco pueden dormir, disfrutar de los placeres del cuerpo, cuidar su cuerpo.

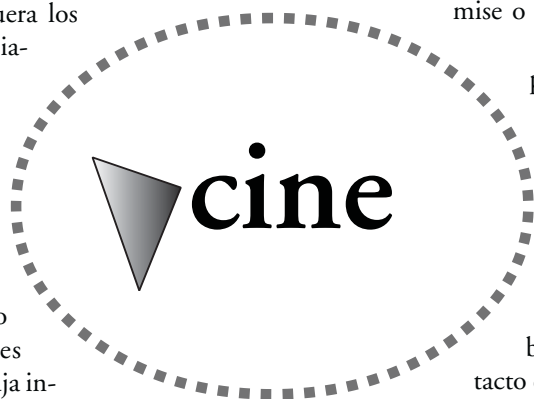
En todo caso, todos, los jóvenes verdaderos y los adultos “juveniles” por inmaduros, se revelan como asexuados. Siempre cubiertos por algo que impide el contacto de sus cuerpos, podemos pensar que

los únicos gemidos que se escuchan en el filme devienen de la construcción ficcional de una película porno.

Nadie ha tenido ni promete tener descendencia: la esterilidad es suprema y generalizada.

Una lectura, en fin, despiadada. Aislada como en un laboratorio de análisis, la clase media recreada en el cine de Rejtman carece de horizontes. ■

Miriam Goldstein



Jorge Bernardo Rivera

Por Eduardo Romano

El periodismo cultural



Nunca pensé que en esta sección escribiría alguna vez acerca de Jorge Bernardo Rivera (1935-2004). Más bien estaba pensando, desde que comencé a colaborar con la revista, en pedirle alguna nota acerca de los numerosos temas que había estudiado a lo largo de su extensa y constante labor y que cubrirían aspectos tan variados de la cultura nacional.

Nos habíamos conocido en 1957, cuando por intermedio de Ricardo Oliver –luego se convertiría en su cuñado- vino a unas reuniones que improvisábamos para preparar el ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, ya que la dictadura implantada dos años antes nos sometería a un examen de “cultura general” para admitirnos.

En ese primer contacto, me asombró que alguien apenas unos años mayor, tuviera un bagaje de lecturas tan variado y tan meditado, desde los clásicos grecolatinos hasta los escritores del siglo XX. Pero mi asombro no se detendría ahí, en lo más mínimo. Rivera decidió finalmente no dar su examen de ingreso, seguro porque era un autodidacta convencido y el estudio sistemático, pero impues-

to desde afuera, debía resultar inadecuado.

Nos uniría, sin embargo, otra pasión, la de la poesía, e intercambiamos manuscritos, aunque también descubrí entonces que Jorge había participado en una Antología de los poetas Madí, en 1956, y la vigencia que seguían teniendo ciertos movimientos de vanguardia (yo andaba con mi Vicente Huidobro bajo el brazo, como un gran descubrimiento y como una defensa contra ciertos poetas sociales en busca de consignas, con los cuales había colisionado recientemente en un bar de Callao casi Rivadavia).

Comencé a visitarlo en su oficina del Ministerio de Obras Públicas, a iniciar allí conversaciones que seguían luego en el bar Los Galgos de Lavalle y Callao, alentadas por el es-

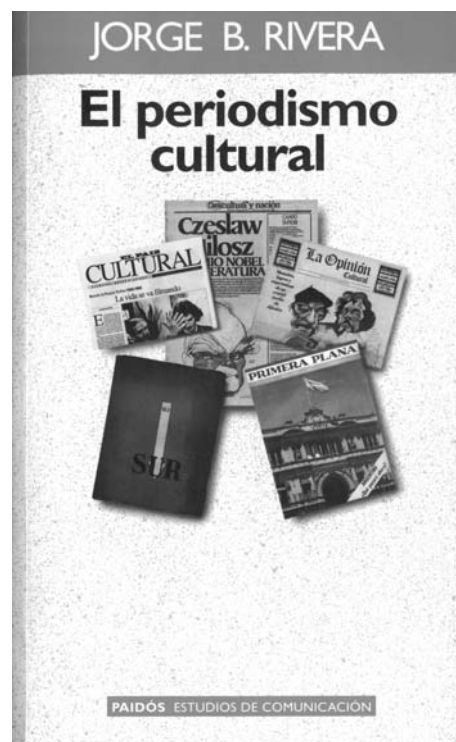
pesor y las alas de la ginebra, y que solían terminar en cualquier otro boliche entre Once, cerca de donde yo vivía, y Flores, donde habitaba con sus padres. A algunas reuniones se sumó poco después Alejandro Vignati, víctima de cirrosis hace ya veinte años, y en un cruce que me costaría reconstruir en detalle, otros dos poetas cercanos al comunismo: Susana Thenon y Juan Carlos Martelli.

Ese cuarteto al parecer disonante, en varios aspectos, pero reunido por los energéticos vientos de la década del 60, elaboró una hoja plegada de ambos lados y que doblábamos manualmente: *Aguaviva*. Apenas cuatro números, pero algunos historiadores la mencionan como una resonancia local de la *beat generation* y, de hecho, establecimos en aquellos momentos cierta comunicación con Allan Guinsberg y con Gregory Corso.

Un poco después, en otra insólita coalición con Luisa Futuransky y René Palacios More, imprimimos un *Boletín de poesía hoy* que no superó los dos números. Mientras tanto, colaboramos en otras publicaciones similares y me enteré de que ese mismo ex madista estaba preparando, con tenacidad y erudición, una Antología de la poesía gauchesca menos conocida y que al fin publicaría Jorge Alvarez, en 1968.

Esa facilidad para desplazarse entre los extremos, de encontrar nexos entre la innovación y la tradición, de echar por tierra con las barreras preconcebidas entre lo supuestamente culto y lo popular, debió de abrirme un panorama inusitado, del cual no me hablaban en las clases de la Facultad. Y que aproveché de inmediato en un artículo donde sometí a los llamados poetas de la “generación del 40” a un careo sin anestesia con la poesía – escrita o cantada– de Homero Manzi.

Ya por entonces Rivera transitaba hacia un lenguaje poético más coloquial, el de *Poemas vecinos* (1957), que se agudizaría con *La explosión del sueño* (1960) y con *Beneficio de inventario* (1963). Editamos ambos en la colección de Nueva Expresión y eso ya sucedía en medio del debate político con liberales, comunistas, trotskistas o el MALENA de Ismael Viñas, y en búsqueda de una identidad nacional-popular que nos ayudaron a encontrar,



Jorge Bernardo Rivera

M E M O R I A B L E S

simultáneamente, el peronismo y lecturas de Antonio Gramsci.

La revalidación de lo popular y sus secretos intercambios con lo que otros aislaban en el depósito de lo “culto”, nos llevó a trabajar en distintas colecciones y fascículos del Centro Editor de América Latina. Allí conocimos a Aníbal Ford, ampliamos la discusión y emprendimos ensayos solos o en colaboración que nos tendrían ocupados, junto con la militancia político-cultural, durante la década de 1970. Por ejemplo, dictando en yunta Literatura Argentina, en la Facultad intervenida por el triunfo electoral de 1973, e inmediatamente después Proyectos político-culturales en la Argentina, que era obligatoria para alumnos de varias carreras y que fue “desaparecida” cuando sobrevino el golpe militar de 1976 y nunca retornó.

Entre esas fechas y 1986, cuando preparamos el volumen *Claves del periodismo argentino actual* (Tarso), trabajamos seguido en colaboración, con un método muy sencillo: nos dividíamos el campo que abarcaría cada uno y al cabo nos reuníamos para ensamblar las dos partes, que solían acoplarse con una facilidad sorprendente. Buena parte de esa producción, y de las comunicaciones que leíamos y comentábamos en las reparadoras reuniones de ASAIC, que nos permitían (junto a Oscar Steimberg, Oscar Traversa, Heriberto Muraro, etc.) conservar una llama encendida en tiempos difíciles, de persecuciones y secuestros, de trabajos semiclandestinos.

Toda esa labor desembocó en un libro conjunto, de los dos y Aníbal Ford, que titulamos *Medios de comunicación y cultura popular* (Legasa, 1983).

A partir del 83, contribuimos a la orga-

nización de la carrera de Comunicación, donde Rivera ocupó la cátedra de Historia de los medios mientras yo me dedicaba a pelear un lugar en Filosofía y Letras, aunque a sugerencias de un sector (peronista) del estudiantado, también me hice cargo del Seminario de cultura popular y cultura de masas desde 1989. Con los materiales organizados para dictar su cátedra, Rivera gestó algunos de los libros que vendrían a completar su extensa bibliografía, dispersa en gran medida por la prensa periódica (*La Opinión, Noticias, Clarín, Tiempo Argentino, Los libros, Crisis*), por numerosas revistas, nacionales y del extranjero, que tenemos la obligación –intelectual y moral– de reunir.

Uno de esos libros fundamentales fue *La investigación en comunicación social en la Argentina* (Perú, DESCO-ASAICC, 1986) que reeditó Puntosur un año después. A la síntesis introductoria, que fundamenta las varias vertientes que convergieron para el surgimiento de los estudios culturales en el país, le sigue una Bibliografía rigurosamente anotada que resultará siempre

de consulta indispensable al respecto.

Otro, tal vez más deslumbrante por el acopio de erudición en distintos frentes y niveles, lo tituló *Postales electrónicas. Ensayos sobre medios, cultura y sociedad* (Puntosur, 1994). Sus materiales provenían de colaboraciones periodísticas que se iniciaron en *Clarín* (1990-1991), pero cuando la conducción del suplemento Cultura y Nación decidió adoptar un sesgo más *light* (superficial), acorde con el auge neoliberal, prosiguieron en *El País* de Montevideo (1991-1993) y a Rivera le gustaba decir que se había convertido en un periodista uruguayo (país en el cual había cursado su enseñanza media).

Imágenes, Máquinas, Ciudades, Escrituras, Lecturas, son las cinco partes en que agrupó una suculenta información acerca de una etapa paleotecnológica y otra signada por la presencia de microordenadores, rayos láser, cohetería interplanetaria, comunicación satelital, imágenes holográficas, videojuegos, computadoras, televisión por cable...

Entre ambas traza secuencias originales de intercomunicación y despliega, al pasar, manojos de datos acerca de los orígenes y trayectoria del cine, la radiotelefonía, los héroes mediáticos, la literatura policial y otros tantos patrimonios culturales de las más diversas procedencias que Rivera conocía e integraba con particular fluidez.

De 1995 data *El periodismo cultural* (Paidós), que provee de un abundante material didáctico a quienes quieran asomarse a tales prácticas discursivas. Si comienza por definir allí lo que es el periodismo en relación con la cultura, sigue por caminos tan diversos como los géneros de las publicaciones periódicas, su historia –súcinta pero imprescindible–, la condición del periodista profesional y hasta un manual de estilo para la escritura de notas e inclusive guiones radiales y televisivos. Cierran el volumen, que tiene verdaderas características de manual polivalente, cincuenta páginas de testimonios y experiencias concretas.

Todo ese precioso legado de erudición y de trabajo diseminado por sus libros, de los cuales me he limitado a citar algunos, le asegura a Rivera, creo, una vigencia entre las jóvenes generaciones de lectores y estudiosos que excede los términos de este recuerdo personal y una merecida permanencia en la memoria cultural argentina. ■



Jorge Bernardo Rivera

“Celestina y la

RIESGOS Y SEDUCCIONES DE LA MARMOLERÍA FUNERARIA

Ubicarse en la vereda de enfrente en materia de exégesis y apologética histórica involucró habitualmen-

como miembro «correspondiente», tal como le pasó a José Luis Busaniche, a pesar de su liberalismo, su erudición y su incuestionable seriedad historiográfica.

Se corría, lo que para un historiador o una corista equivale a un auténtico suicidio profesional, el riesgo del silencio, de la animosidad sorda, del rumor desprestigiante,

de la hostilidad rencorosa y de la condenación a la última fila, como le ocurrió a Ernesto Quesada por sus libros sobre el rosismo, a Ricardo Rojas (hasta que «reaccionó») por **La restauración nacionalista**, a Juan Álvarez por **Las guerras civiles argentinas**, a Rodolfo y Julio Irazusta por **La Argentina y el Imperio Británico**, a Raúl Scalabrini Ortiz por **Política británica en el Río de la Plata**, e inclusive a Enrique de Gandía y Roberto Levillier por sus trabajos «heterodoxos» sobre Alzaga y (¡horresco referens!) Américo Vespucio.

Pero no se trata, por cierto, de

te riesgos académicos y personales que no todos los autores desearon correr. Pero entre nosotros resultó peligroso no sólo ubicarse en la vereda opuesta, y disentir con lo esencial de la patrística consagrada, sino hasta el simple hecho de colocarse en posición «heterodoxa» en cuestiones accesorias o de mero detalle anecdótico.

Se corría, por ejemplo, el riesgo nada desdeñable de no ingresar en la Academia (esa especie de Jockey Club de los historiadores), como les ocurrió a Rómulo D. Carbia y a Diego Luis Molinari, o de acceder apenas



Pedagogía de la Historia”

predicar la guerra santa contra el Olimpo liberal para erigir en su lugar una nueva casta de Inmortales revisionistas y de «estampitas» nacionales, sino de **recuperar** (sin recortes excluyentes ni trucidaciones prejuiciosas, como las que hemos padecido) el conjunto del campo histórico y cultural, en todos aquellos aspectos que hagan de manera profunda y efectiva a nuestro proceso de descolonización, de reidentificación y de reivindicación de los propios patrimonios.

La epistemología y la pedagogía del colonizado, del subdesarrollado, del “negro”, del marginado, del periférico, tiene características indudablemente peculiares. El suyo es muchas veces (o casi siempre) un “saber” y un “hacer” de **bricolage**, de asociaciones sorprendentes, de maridajes insólitos, como lo es el Barroco de Indias y el arte

hispano-criollo, para el cual el higo que se coma a un burro o la famosa combinación lautreamontiana del paraguas, la máquina de coser y la mesa de disecciones (**Cantos**, VI, 3) es mucho menos fortuita e insólita de lo que se suele suponer (acaso porque Ducasse, en definitiva, era montevideano y se había criado entre los degüellos y las alu-



cinaciones del Sitio Grande).

...Fermín Chávez recuerda un texto decisivo para la historia de nuestro proceso de descolonización mental, se trata nada menos que de **La Tercera Emancipación**, de Manuel Ortiz Pereyra, publicado en 1926 y en el que se anticipan en más de dos dé-

Jorge Bernardo Rivera

cadass, según Chávez, los planteos epistemológicos de Karl Mannheim y otros sociólogos y antropólogos de nuestro tiempo.

Cualquier lector con una razonable cuota de información científica encontrará un llamativo aire de familia entre la formulación del planteo «relativista» de Ortiz Pereyra, muy importante desde el punto de vista de la provisoriedad de las ciencias consideradas desde la posición de los pueblos dominados, y con el lenguaje de los divulgadores de la teoría de la relatividad de Albert Einstein.

El famoso matemático y físico alemán nos había visitado en 1925, una año antes de la aparición de *La Tercera Emancipación*, y Leopoldo Lugones, por su parte, había explicado la Teoría General de la Relatividad en 1920, en las conferencias que luego integraron *El tamaño del espacio*. No resultaría exagerado conjeturar que Ortiz Pereyra pudo sentirse atraído por la lectura de algún texto de divulgación y desplazó ideas básicas de un campo gnoseológico hacia otro: de la divulgación de, la física teórica y la espe-

culación matemática hacia el territorio más lúbil de la sociología y la reflexión política. Una operación típicamente «herética», para expresarlo de algún modo, que tal vez se hubiese resistido a emprender la mentalidad categorial, clasificadora y especializada de un científico «a la europea», quien seguramente no hubiese encontrado siquiera la posibilidad de establecer puentes y equivalencias entre los códigos, objetivos e intereses de ambos campos.

No se trata, insistimos, de canjear unos ídolos epistemológicos por otros, de desplazar fetiches de un signo por fetiches de otro, como hizo, en cierta forma, la vieja ideología liberal y positivista, sino de manejarse sin prejuicios ni anteojeras, admitiendo que estamos más cerca de la «economía de aprovechamiento» de los constructores de villas miserias, callampas, cantegriles, bidon-villes, favelas, etc., que de la aséptica preceptiva de los arquitectos y urbanistas de la hipertecnología multinacional, y aceptando —como bien recuerda Chávez— que «esto tiene otra llave / y el gaucho tiene su cencia».

(Fragmento)

Publicado en : “CREAR
en la Cultura Nacional”
Bs. As., set-oct/82, Nro.
10, págs. 44/45.